

CAPÍTULO XI

La Filantropía.

Sé amigo de Dios, ten fe y esperanza, y obra. --
MIGUEL SCOTT ¹.

La dulce misericordia es el verdadero emblema de la nobleza. — SHAKSPEARE ².

¡Oh, hermano, que desfallecís en vuestro camino!
Infeliz hermana, de quien los justos huyen, ahí
vendrá para vosotros antes que la vida y las fuer-
zas os abandonen, un brazo qua llevará vuestra
carga. — *La Oda de la Vida* ³.

Muchos gemidos emanan de hombres que mueren, y
que nosotros no oímos. Muchos lamentos son lan-
zados por las viudas y los huérfanos, que no
llegan á nuestros oídos. Muchas mejillas están
humedecidas por las lágrimas, y muchas caras
llenas de tristeza por un pesar inexpresado, que
nosotros no vemos. La cruel tiranía es alentada.
Las cuadrillas de ladrones son robustecidas, y á
millares se les tiene en irremediable esclavitud
aunque nunca nos hicieron daño alguno. — JUAN
WOOLMAN (cuáquero) ⁴.

Los hombres tardan en abandonar su fe en la fuerza física,
como necesaria para la dirección, la corrección y disciplina
de los demás. La fuerza es un cosa muy evidente, y excusa

1. Sir amicus Dei, fide, spe, et opere. — MICHAEL SCOTT.

2. Sweet mercy is nobility's true badge. — SHAKSPEARE.

3. O brother, fainting on your road!
Poor sister, whom the righteous shun,
There comes for you, ere life and strength be done,
An arm to bear your load. — *The Ode of Life*.

4. Many groans arise from dying men, which we hear not. Many cries are
uttered by widows and fatherless children, which reach not our ears. Many
cheeks are wet with tears, and faces sad with unutterable grief, which we
see not. Cruel tyranny is encouraged. The hands of robbers are strengthened,
and thousands are kept in helpless slavery, who never injured us.

JOHN WOOLMAN (*Quaker*), 1776.

toda investigación sobre las causas y los efectos. Es el camino más corto para arreglar los asuntos sin consideración ninguna por los argumentos. Es la lógica sumaria de los bárbaros, entre quienes el mejor hombre es aquel que pega más fuerte ó apunta mejor.

Hasta las naciones civilizadas han sido tardas en extremo para abandonar su fe en la fuerza. Aun es estos últimos tiempos arreglaban sus querellas por medio del duelo los hombres de honor que habían tenido diferencias entre sí; y los gobiernos, casi sin excepción ninguna recurren á las armas para arreglar sus disputas sobre territorios ó convenios internacionales. Á la verdad, hemos sido criados y educados en la creencia de la eficacia de la fuerza, la guerra se ha identificado tanto en la historia con el honor, la gloria y toda clase de nombres altisonantes, que apenas nos podemos imaginar como cosa posible que la construcción de la sociedad pueda sostenerse unida, donde el ejercicio de la fuerza no exista, y en su lugar se sustituya el amor, la benevolencia y la justicia.

Sin embargo, se alimentan ahora por doquiera las dudas con relación á la eficacia de la política de la fuerza. Se sospecha que la fuerza engendra más resistencia de lo que vale, y que si los hombres son deprimidos por medios violentos, nace un espíritu de rebelión que revienta de tiempo en tiempo en hechos violentos, en odios, en vicios y en crímenes. Tal ha sido en verdad, el resultado de la política de la fuerza, en todos los países y en todas las épocas. La historia del mundo es en gran parte la historia de las faltas y de los abusos de la fuerza física.

¿Nos hacemos más discretos? ¿Principiamos á comprender que si queremos hacer mejor y más felices á los hombres debemos recurrir á una fuerza más grande y más benéfica: la fuerzas de la bondad? Los métodos como éstos para tratar á los seres humanos, en ningún caso han producido nunca la resistencia ó la rebelión, jamás los han hecho peores, sino que en todos los casos los han hecho mejores. ¡El amor es un poder restringente! eleva y civiliza á todos aquellos que caen bajo

su influencia. Indica la fe en el hombre, y sin fe en la naturaleza mejor del hombre, no hay método alguno que sirva para mejorarla. La bondad hace aparecer la parte mejor de toda naturaleza, desarmando a la resistencia, disipando á las pasiones irritadas, y enterneciendo al más empedernido corazón. Vence al mal y fortalece al bien. Extended el principio á las naciones y todavía tiene aplicación. Ya ha desterrado las contiendas entre familias, entre provincias; dejad que tenga una acción libre, y también cesarán las guerras entre las naciones. Aunque la idea pueda parecer ahora una utopía, llegarán las futuras generaciones á considerar la guerra como un crimen demasiado horrible para llevarlo á cabo.

« El amor, dice Emerson, daría una nueva faz á este fatigado y viejo mundo, en el que habitamos como paganos y enemigos por demasiado tiempo; y haría bien al corazón ver cuán pronto serían suplantados por este niño desarmado la vana diplomacia del hombre de Estado, la impotencia de los ejércitos, las marinas, y líneas de defensa. El amor se arrastra donde no puede caminar; llevará á cabo por medios imperceptibles siendo su propio punto de apoyo, palanca, y fuerza motriz, aquello que nunca realizará la fuerza. ¿No habéis visto en los bosques, en una mañana á fines del otoño, á un pobre hongo ó seta, planta sin solidez ninguna, aun más, que no parecía ser sino una blanda gelatina, cómo con su constante, atrevido, é inconcebible empuje suave, consigue abrirse paso á través del helado suelo y levantar al fin sobre su cabeza una costra dura? Éste es símbolo del poder de la bondad. La virtud de este principio en la sociedad humana, en su aplicación á los grandes intereses, está fuera de uso y olvidada, y en la historia ha sido tratada uno ó dos veces en esclarecidos casos, con señalado éxito. Este gran cristianismo nuestro, exuberante y apagado, aun mantiene vivo, por lo menos, el nombre de un amante de la humanidad. Pero algún día serán amantes todos los hombres, y toda calamidad será disuelta en la solana universal. »

En épocas pasadas ha sido usado horriblemente el principio

de fuerza en el tratamiento de los locos, los leprosos, los galeotes y los criminales. Los locos eran encadenados y encerrados en jaulas de hierro como si fueran fieras salvajes. Los leprosos eran desterrados de las ciudades, obligándoseles á vivir en remotos lugares, lejos de todo ser humano, á pesar de ser ellos mismos seres humanos¹. Los galeotes eran obligados á trabajar al remo hasta que morían en el infortunio. Los criminales eran amontonados sin consideración de edad ó de sexo, hasta que las cárceles de Europa llegaron á ser verdaderas sentinas de iniquidad. Hará unos cuatrocientos años los criminales eran entregados para su vivisección á los cirujanos de Florencia y de Pisa. Su puesto es ocupado hoy por animales.

San Vicente de Paul era un filántropo del orden más elevado. Era hijo de un labrador del Languedoc. Su padre le educó para el sacerdocio, vendiendo los bueyes de su arado para poderle costear los gastos del colegio. Le fué dejado un

1. El siguiente pasaje conmovedor fué escrito por el difunto poeta Heine, las últimas palabras que escribiera para la prensa : « En el año de 1480, dice el *Limburg Chronicle*, todo el mundo tocaba y cantaba canciones, más agradables y encantadoras que las que jamás se habían conocido hasta entonces en tierra alemana, y todos, jóvenes y viejos, y en especial las mujeres, estaban casi locos por ellas, de tal modo, que su melodía se oía desde por la mañana hasta la noche. Agrega el *Chronicle* que el autor de estos cantos era un escribiente joven, atacado de lepra, que vivía solo en desolado sitio y oculto al mundo. Sabréis sin duda alguna, querido lector, cuán terrible enfermedad era esta lepra en la edad media, y como eran desterrados de toda sociedad los infelices que caían bajo esta incurable enfermedad y á quienes no se les permitía aproximarse á ningún ser humano. Cual cadáveres vivos peregrinaban, envueltos de pies á cabeza, echada sobre su rostro la caperuza, y llevando en su mano una campanilla, llamada campanilla de Lázaro, con la cual advertían su proximidad, para que todos pudieran alejarse de ellos con tiempo. Este pobre escribiente, pues, cuya fama de poeta y cantor pregona el *Limburg Chronicle*, era cabalmente uno de esos leprosos, y allí permanecía en la triste desolación de su miseria, mientras que toda la Alemania, alegre y melodiosa, cantaba y tocaba sus canciones... Algunas veces en las sombrías visiones de la noche, creo ver ante mí al pobre escribiente del *Limburg Chronicle*, mi hermano en Apolo, y sus melancólicos ojos llenos de dolor dirigen de una manera singular su mirada sobre mí por debajo de su caperuza; pero en el mismo instante parece desaparecer, y desvaneciéndose en la distancia cual efecto de un sueño, oigo el destemplado tintín de su campanilla de Lázaro. »

pequeño legado por un amigo de Marsella, y fué allí por mar para recibirlo. Regresó á su casa por mar, y el buque en que iba fué capturado por tres corsarios africanos, después de una fuerte lucha. Durante el combate fué herido gravemente san Vicente por una flecha. La tripulación y los pasajeros fueron también encadenados, entre ellos san Vicente; conducido á Túnez luego y hecho galeote. No sirviendo para el trabajo de mar, y estando constantemente enfermo, fué vendido á un médico moro. Al cabo de un año murió su amo, y fué vendido de nuevo á un labrador natural de Niza. San Vicente volvió á convertir al cristianismo á su amo, y resolvieron huir juntos. Se hicieron á la mar en una pequeña embarcación, y desembarcaron en Aigues Mortes en el sur de Francia.

Poco después entró san Vicente de Paul en una hermandad, en Roma, cuya misión era cuidar á los enfermos en los hospitales. En seguida se trasladó á París, donde continuó en la misma tarea. Entonces entró de preceptor en la familia del conde de Joigne, que era inspector de las galeras ó pontones. Allí vió el joven sacerdote horribles espectáculos, hombres encadenados á los remos, y trabajando cual esclavos africanos. Se consagró á su auxilio con tal éxito, que llegando sus obras á conocimiento de Luis XIII, le nombró limosnero general de las galeras. En una ocasión llegó hasta ocupar el puesto de uno de esos míseros proscriptos. El preso se fué en libertad, mientras que san Vicente llevaba su cadena y hacía el trabajo del presidiario. Se mantenía con el alimento de los presidiarios y vivía en su sociedad. Muy luego fué descubierto y puesto en libertad; pero las heridas que le habían causado las cadenas del presidiario le quedaron para toda la vida. Fué repuesto en su posición y siguió trabajando con santo ardor. Convirtió á la penitencia á muchos de los presidiarios, y por medio de sus ardientes prédicas mejoró tanto las prisiones como las galeras.

Lo demás de su vida es bien conocido. Regresó á París y estableció la orden de las Hermanas de la Caridad, dando así una noble carrera para la caridad y la benevolencia de las mujeres. Estas hermanas de la caridad, han sido las princi-

pales obreras de toda tarea de caridad en Francia y en otras partes, velando á los enfermos, enseñando á los niños, y cuidando de las criaturas abandonadas: siempre en primera línea en toda buena obra. Recordando su cautiverio, se consagró á reunir dinero para redimir á los esclavos africanos; de este modo llegó á ser la causa de la manumisión de nada menos que mil doscientos esclavos. Se puso fin á las fechorías de los corsarios con las escuadras unidas de Francia é Inglaterra, en 1816, cuando fué destruído el viejo antro de los piratas en Argel.

Oímos hablar de los calabozos y cadenas en los castillos de la caballería; pero ¿qué historias de miseria y de crueldad se descubren ante los tribunales judiciales de los modernos! Registrad los anales de los pobres en nuestras grandes ciudades, y cuántas veces tendréis que exclamar, con Jeremías Taylor: « Esto es una falta de caridad próxima á las crueldades de los salvajes, y á una distancia infinita de la misericordia de Jesús! »

El espíritu benévolo de Juan Howard fué dirigido hacia la reforma de las cárceles por una aventura personal de naturaleza accidental algo parecida. Se hallaba en viaje en Portugal cuando Lisboa era aún objeto de doloroso interés, en las ruinas del memorable terremoto. Aun no había andado lejos en su viaje cuando fué capturado por un corsario francés el buque en que se había embarcado. Se le trató con gran crueldad. Durante cuarenta y ocho horas estuvo privado de alimentos y de agua; y después de desembarcar en Brest fué preso en el castillo con el resto de los cautivos. Fueron arrojados á un asqueroso calabozo, y se les tuvo por un tiempo considerable sin alimento. Al fin fué arrojado un cuarto de carnero al calabozo, al cual tuvieron por fuerza que destrozar en pedazos los infelices, y morder cual bestias salvajes. Este cruel trato lo tuvieron que soportar durante una semana los prisioneros, viéndose obligados á acostarse en el horrible calabozo, sin tener nada más que peja para abrigarse de la humedad malsana y pestifera de ese lugar.

Por fin fué puesto en libertad Howard y regresó á Inglaterra; pero no se dió descanso hasta que hubo conseguido librar á muchos de sus compañeros de prisión. Entabló luego una correspondencia con prisioneros ingleses que estaban en otras cárceles y fortalezas en el continente, y halló que la suerte común de los cautivos, era de sufrimientos tan malos, ó quizá mayores que los que él había experimentado.

Poco después, y en el curso de sus obligaciones como alguacil mayor del condado de Bedford, fijó su atención en el estado de las cárceles de Inglaterra. Este empleo es generalmente honorario, y solamente conduce á un poco de vana ostentación. Pero con Howard fué diferente. Ser nombrado para ocupar un empleo, era para él incurrir en la obligación de cumplir con sus obligaciones. Asistía á los juicios y oía con atención los procedimientos. Cuando terminaban los juicios, visitaba las prisiones en que estaban encerrados los criminales. Allí conoció el trato vergonzoso y brutal que se daba á los malhechores. El espectáculo que se presentó á su vista en las cárceles le reveló la naturaleza de su futura misión en la vida.

Las prisiones de Inglaterra, lo mismo que las de otros países, estaban entonces en un estado espantoso. Los presos ni eran separados ni clasificados. Se amontonaban á los que eran relativamente inocentes con los más horribles culpables, de modo que la prisión común se hacía un invernadero de crímenes. El hombre hambriento que había robado un pan, se hallaba en contacto con el salteador ó el asesino. El deudor y el falsificador, el ratero y el bandido, la muchacha deshonesto y la prostituta, estaban juntos. Prevalcía en la cárcel el jurar, maldecir y blasfemar. El culto religioso era desconocido. El lugar estaba entregado á Belzebú. El demonio era el rey.

Las impresiones sobre el modo como se hallaban tratados los presos, las refiere Howard con sencillez en las siguientes palabras: « Algunos que por resolución de los jurados eran declarados « no culpables », algunos en quienes el Gran Jurado no hallaba una apariencia de culpabilidad tal que los pudiera someter á un juicio, y otros cuyos acusadores no se

presentaban contra ellos eran vueltos á la prisión, después de haber permanecido allí por meses, y encerrados otra vez, hasta que pagasen diversos estipendios al carcelero, al amanecer del tribunal de justicia, y otros por el estilo. » También observa que el dicho de los « acreedores inexorables » que algunas veces amenazaban á sus deudores con *pudivirlos en la cárcel*, tenía un significativo real; porque en la cárcel se pudrían efectivamente los hombres, hediendo y enconándose en toda la extensión de la palabra á causa de la suciedad y de los miasmas. Howard calculaba que por numerosas que fuesen las vidas sacrificadas en galeras, era igual el número de las que caían víctimas del frío y de la humedad, de las enfermedades y del hambre.

Los sueldos de los carceleros no los abonaba el público, sino los que eran declarados inocentes y puestos en libertad. Howard se empeñó con los jueces de paz, para que se les pagara un sueldo á los carceleros. Se le pidió un precedente. Contestó que encontraría uno. Montó á caballo, y recorrió el país en busca del precedente. Visitó las cárceles de los condenados en todas direcciones. No halló precedente alguno para pago de un sueldo al carcelero, pero encontró que prevalecía entre los prisioneros una inmensidad de desdicha y de miseria, lo cual le determinó á consagrarse á la reforma de las cárceles de Inglaterra y del mundo.

En Gloucester encontró el castillo en la más horrible condición. El castillo había sido convertido en cárcel. Tenía un patio común para todos los presos, hombres y mujeres. La sala de deudores no tenía ventanas. El cuarto de dormir para los reos de delitos capitales, era estrecho y obscuro. Había reinado una fiebre en la cárcel, que se había llevado a muchos presos. El guardián no tenía sueldo. Á los deudores no se les daba ración alimenticia. En la ciudad episcopal de Ely no era mejor el local. Para impedir la fuga de los presos eran atados éstos con cadenas al suelo. Se habían colocado varias barras de hierro encima de ellos, y un collar de hierro con espigones estaba sujeto alrededor de sus pescuezos. En Norwich estaban

construídos los calabozos debajo de tierra, y á los presos se les daba una cantidad de paja que costaba una guinea anualmente.

No solamente no tenía salario el carcelero, sino que pagaba cuarenta libras esterlinas al segundo alguacil por el puesto! Sacaba sus entradas por medio de la extorsión.

Howard siguió de un paraje á otro, inspirado por su noble misión. La idea de mejorar la condición de los presos ocupaba todos sus pensamientos, y se había apoderado de él como una pasión. Ningún trabajo, ningún peligro, ni sufrimiento físico, podía desviarle del propósito de su vida. Fué de un extremo de Inglaterra á otro, para poder arrastrar hacia la luz á los repugnantes misterios de las prisiones de la Gran Bretaña. En muchos casos hizo dar libertad á aquellos que estaban presos por pequeñas deudas y á muchos otros que eran completamente inocentes de crimen alguno. Cuando hubo terminado su inspección, se constituyó la cámara de los Comunes en comisión, para asegurarse del estado presente del asunto. Comparció ante ella, cargado con sus apuntes. En el curso de la investigación, sorprendido un miembro por la extensión y minuciosidad de su informe, preguntó que quién le había costado los gastos de sus viajes. Howard se quedó como sofocado antes de poder contestar.

Le fueron dadas las gracias por la legislatura al terminar su informe. Se siguió la huella indicada por él. Pasáronse actas en 1774 — un año después de haber dado Howard principio á su tarea — aboliendo toda propina, proveyendo sueldos para los carceleros, y ordenando que todos los presos fuesen puestos inmediatamente en libertad una vez absueltos. Ordenóse también que todas las cárceles fueran limpiadas, blanqueadas y ventiladas; que se establecieran enfermerías para la curación y sustento de los presos; y que se edificasen cárceles á propósito. Howard estaba enfermo en su cama cuando se votaron estas actas; pero conforme se restableció de la enfermedad y el cansancio á que le habían llevado los trabajos que él mismo se había impuesto, se levantó y volvió á visitar las prisiones,

con el propósito de asegurarse de que las actas eran cumplidas debidamente.

Habiendo recorrido toda Inglaterra, dirigióse Howard á Escocia é Irlanda, é inspeccionó las cárceles de ambos países. Las halló igualmente horribles, y publicó el resultado de sus investigaciones con igual éxito. En seguida se dirigió al continente para informarse de la condición de las prisiones. En París le fueron cerradas las puertas de la Bastilla; pero por lo que respecta á las demás prisiones francesas, á pesar de ser bastante malas, eran muy superiores á las de Inglaterra. Cuando se supo que Howard tomaba informes sobre la Bastilla, se dió una orden para su prisión, pero escapó con tiempo. Se vengó publicando una relación sobre la prisión del Estado, traducida de una obra entonces recientemente publicada, que pudo obtener después de muchas dificultades y trabajo.

Howard siguió en su viaje por Bélgica, Holanda y Alemania. En todas partes tomaba apuntes, y consiguió muchísimos informes, resultado de una enorme labor. Después de regresar á Inglaterra, para ver si el trabajo de la reforma de cárceles había echado raíces, se dirigió á Suiza, con la misma misión de amor. Allí encontró revelada la ciencia de la disciplina de las cárceles. Se hacía trabajar á los presos, no solamente en beneficio propio, sino para disminuir los impuestos que se recogían para el sostenimiento de las cárceles.

Después de tres años de infatigable tarea, en los que viajó mas de trece mil millas, publicó Howard su gran obra sobre « El estado de las cárceles ». Fué recibida con gran simpatía. Volvió á ser consultado por la cámara de los Comunes sobre las medidas ulteriores requeridas para la reforma de las prisiones. Recomendó las casas de corrección. Había inspeccionado una en Amsterdam, de la cual creía que podría servir de modelo.

Volvió otro vez allí para informarse del método de trabajo. De Holanda se fué á Prusia, y cruzó la Silesia á través de los ejércitos beligerantes de Austria y de Prusia. Pasó algún tiempo en Viena, y se dirigió á Italia. En Roma solicitó el permiso

para ver los calabozos de la Inquisición. Pero al igual que las de la Bastilla de Francia, fuéronle cerradas las puertas de la Inquisición. Todas las demás le fueron abiertas. Regresó á Inglaterra atravesando la Francia, habiendo viajado cuatro mil seiscientas millas en esta expedición. Donde quiera que llegaba era recibido con alegría. Le seguían las bendiciones de los presos. Distribuía la caridad á manos llenas. Pero hizo algo más. Abrió los ojos de los pensadores y de los filántropos de todos los países sobre la importancia de la reforma de cárceles.

Nunca descansaba. Volvió á visitar las prisiones en la Gran Bretaña, viajando cerca de siete mil millas. Halló que sus anteriores esfuerzos habían hecho algún bien. Los flagrantes abusos que antes hubo observado, habían sido removidos; y las cárceles eran más limpias, más sanas y más arregladas. Hizo otra excursión por el extranjero para ampliar sus conocimientos. Había visitado las cárceles de los países del sur de Europa. Resolvióse entonces á visitar las de Rusia. Entró en San Petersburgo solo y á pie. La policía le descubrió, y fué invitado á visitar á la emperatriz en la corte. Informó respetuosamente á Su Majestad que había venido á Rusia para visitar los calabozos de los presos y las habitaciones de los desventurados, y no los palacios y cortes de reyes y reinas.

Obtuvo un permiso para ver la aplicación del *knout*. Sacaron á un hombre y á una mujer. El hombre recibió sesenta golpes y la mujer veinte y cinco. « Algunos días después, dice Howard, vi á la mujer en un estado muy débil, pero ya no pude encontrar al hombre. » Resuelto á averiguar lo que había sido de él, visitó Howard al verdugo. « Podéis, le preguntó, aplicar el *knout* de modo que produzca la muerte en breve tiempo? — ¡Sí! — ¿En cuánto tiempo? — En uno ó días. — ¿Lo habéis aplicado alguna vez? — ¡Sí! El último hombre que fué castigado por mi mano con el *knout*, murió del castigo. — ¿De qué manera lo hacéis mortal? — Con uno ó dos golpes en los costados que levanten grandes pedazos de carnes. — Recibís órde-

nes para aplicar de esa manera el castigo? — Las recibo. » De ese modo fué descubierta positivamente la jactancia de Rusia, de que la pena capital había sido abolida en todo el imperio.

Escribió desde Moscow, que « más de setenta mil reclutas para el ejército y marina habían muerto en los hospitales rusos durante un solo año ». Ahora bien, Howard era un hombre exacto, incapaz de decir lo que no fuera la verdad; y por lo tanto, este terrible dato no hace más que acrecentar nuestro aborrecimiento, lo mismo por la guerra que por el despotismo. De Rusia regresó á Inglaterra por Polonia, Prusia, Hanóver y los Países Bajos austriacos. En 1783 viajó para los mismos fines por España y Portugal. Publicó el resultado de sus viajes en un segundo apéndice á su gran obra.

Doce años habían transcurrido desde que Howard estaba entregado al absorbente propósito de su vida. Había recorrido más de cuarenta y dos mil millas, visitando las cárceles de los principales pueblos y ciudades de Europa; y tenía gastadas más de 30,000 libras esterlinas para ayudar á los presos, á los enfermos y á los desamparados. Sin embargo, no había terminado su obra. Resolvió visitar los países en que reinaba la peste, para descubrir un remedio, si era posible, contra esta terrible plaga. Su propósito era ir en primer lugar á Marsella, atravesando la Francia.

En noviembre de 1785 se dirigió á París. Recordando los franceses su folleto sobre la Bastilla, le prohibieron que se presentara en su territorio. Se disfrazó y entró en París. En la misma noche en que hubo llegado, fué levantado de su cama por los esbirros. Un pensamiento feliz le hizo distraerlos de él por unos cuantos minutos, durante los cuales se levantó, se vistió, huyó de la casa, y se puso en el acto en camino para Marsella. Allí obtuvo permiso para visitar el lazareto y consiguió los informes que deseaba.

Se embarcó para Esmirna, donde hacía estragos la peste. De allí se hizo á la vela para el Adriático, el valeroso filántropo, en un buque infestado, para poder ser sometido á la más estricta cuarentena. Cogió una fiebre y estuvo en cuarentena cuarenta

días, sufriendo espantosamente: sin socorros, solo en su miseria. Por fin se repuso y regresó á Inglaterra. Visitó su propiedad rural, proveyó para los pobres de la vecindad y se separó de sus humildes amigos cual un padre de sus hijos.

Tenía que hacer aún una jornada. Era la última. Su intención era ampliar sus investigaciones sobre el asunto de la peste. En 1787 viajó por Holanda, Alemania y Rusia, proponiéndose ir á Turquía, Egipto y los Estados de Berbería. Pero sólo pudo llegar hasta Kherson, en la Tartaria rusa. Allí como de costumbre, visitó á los presos, y cogió la fiebre de cárceles. Solo entre extraños, empeoróse y murió á los sesenta y cuatro años de edad. Á uno que estaba junto á su cama, le señaló un punto en un cementerio del Delfinado, donde quería ser enterrado. « Ponedme tranquilamente en la tierra, colocad sobre mi tumba un cuadrante y dejad que se me olvide. »

Pero el noble Howard no será olvidado mientras exista la memoria del hombre. Era el bienhechor de los más míseros entre los hombres. Nada pensaba de sí mismo, sino únicamente en aquellos que sin él hubieran quedado sin amigos y desamparados. En su vida realizó un notable grado de éxito. Pero su influencia no murió con él, porque ha continuado ejerciendo influencia hasta el día de hoy no solamente sobre la legislación de Inglaterra, sino en la de todas las naciones civilizadas.

Burke le describe así: « Visitó toda la Europa para penetrar en las profundidades de los calabozos; para sumergirse en la infección de los hospitales; para explorar las mansiones de la tristeza y del dolor; para tomar las dimensiones de la miseria, del abatimiento y del vilipendio; para recordar á los olvidados; para atender á los abandonados; para visitar á los desvalidos; para comparar y reunir las aflicciones de todos los hombres en todos los países. Su plan es original y tiene tanto genio como humanidad. Es un viaje de descubrimiento, una circunnavegación de caridad; y ya se sienten más ó menos los beneficios de su labor en todos los países. »

Ha mejorado muchísimo el trato de los presos de lo que era en tiempo de Howard. Al principio fueron únicamente personas

hénévelas las que se ocupaban de su mejora, tales como Sara Martín, la Señora Fry y otros espíritus similares. Refiere Sidney Smith que una vez pidió permiso para acompañar á la señora Fry á Newgate. Quedó tan conmovido con el espectáculo, que lloró como un niño. Refiriéndose después á este asunto en un sermón, dijo: « Existe un espectáculo que ahora exhibe este pueblo, que yo me atrevo á calificar como el más solemne, el más cristiano, el más conmovedor que jamás haya presenciado un ser humano. ¡ Ver á esta santa mujer en medio de esos desdichados presos; verlos á todos apelando á Dios encarecidamente, tranquilizados por su voz, animados por su mirada, asiéndose á la guarda de su vestido, y adorándola como á la única persona que jamás los haya amado, ó enseñado, ó haya hecho caso de ellos, ó que les haya hablado de Dios! Éste es el espectáculo que derriba la suntuosidad del mundo; que les dice que pasa la hora breve de la vida, y que tenemos que prepararnos por algunas buenas acciones para podernos presentar ante Dios; que ya es tiempo de dar, de orar, de alentar al afligido; de ir como esta bendita mujer, y hacer la tarea de nuestro divino Salvador, Jesús, entre los culpables, entre los contritos de corazón y los enfermos, y trabajar en la más profunda y más negra desdicha de la vida. »

La señora Fry consiguió efectuar con sus perseverantes esfuerzos, una reforma completa en la condición de la cárcel y en la conducta de las presas; de tal modo que el Gran Jurado declaró en su informe elevado á la Corte de justicia después de su visita de inspección, en 1816, « que si los principios que rigen en sus reglamentos fuesen adoptados para los hombres lo mismo que para las mujeres, serían el medio mejor de transformar una cárcel en una escuela de reforma; y en vez de volver á enviar á los criminales al mundo endurecidos en el vicio y en la depravación, irían arrepentidos, y probablemente llegarían á ser miembros útiles de la sociedad ». También la señora Tatnall, persona menos conocida que la señora Fry, se consagró á la reforma y mejora de los presos en la cárcel de Warwick, de la cual era gobernador su esposo. Muchos criminales fueron saca-

dos otra vez por ella de la senda del vicio y llevados á la de la virtud y laboriosidad. Los muchachos y las muchachas, siendo más nuevos en la maldad, eran objeto especial de sus cuidados. Casi siempre tuvo buen éxito en sus esfuerzos para volverlos á la sociedad.

Pero la ayuda individual muy poco podía hacer para mejorar ó corregir á la masa de los presos. Solamente con la ayuda de la legislatura era cómo se podía tratar una cuestión tan vasta. Uno de los principales objetivos de la legislación es prevenir el crimen removiendo todo aquello que induzca á cometerlo; y el principal objeto de la disciplina de la cárcel es reformar la condición moral del criminal y volverle al seno de la sociedad contra la cual ha pecado. Como acto de justicia, le es debido esto al criminal, quien demasiado frecuentemente llega á ser así por las circunstancias en que ha sido creado, su falta de educación y por las leyes desiguales que ha dictado la sociedad.

Antes se vengaba la sociedad contra los criminales, tratándolos como animales salvajes; ahora se ha adoptado un trato más suave, teniendo en vista su conversión. Los gobernadores de la penitenciaría de Sing Sing, en el Estado de Nueva York, abrieron el camino del trato humanitario para los criminales. Su atención fué llamada sobre este asunto por los informes del señor Edmonds. Decía él que « no tenía ninguna fe en el sistema de violencia que por tanto tiempo había prevalecido en el mundo, el sistema de atormentar á los criminales para ponerles en lo que se llamaba buen orden, y en no recurrir nunca á algo mejor que el bajo sentimiento del miedo. Había visto lo bastante en su práctica para convencerse de que, degradados como estaban, tenían sin embargo, bastante corazón aun para poder ser conmovidos por la bondad, conciencias que podían ser despertadas por los llamados á la razón, y aspiraciones á seguir mejor género de vida, que sólo necesitaban de la estimulante voz de la simpatía y la esperanza para ser alentados hacia una reforma permanente. » Á consecuencia de esto se dió principio en Sing Sing á un nuevo sistema de trato para

los criminales, de conformidad con las recomendaciones del señor Edmonds, y muy pronto dió los más felices resultados. Ahora es regla establecida, castigar lo menos posible, y estimular todo deseo de mejora. Muchos criminales que antes habían sido considerados como incapaces de reforma, fueron devueltos por este medio á la sociedad como ciudadanos útiles, y de éstos un número muy corto son los que han vuelto á sus antiguos hábitos.

El sistema tuvo particularmente un gran éxito para con las mujeres. Una de las directoras les habló en la capilla sobre el deber de gobernarse á sí mismas, y la necesidad de un cambio de carácter si querían evitar la desdicha, tanto en este mundo como en el otro. «El efecto de este pequeño experimento, dice la directora en un informe posterior, se manifestó en los movimientos más tranquilos y apacibles de las presas, en el sonido más suave y quedo de sus voces, y en su pronta y contenta disposición para obedecer. Esto ha hecho más profunda mi convicción de que, por degradado que esté por el pecado ó endurecido por el ultraje ó la injusticia, y mientras la razón conserve su imperio sobre el espíritu, no existe corazón alguno tan empedernido y obstinado al cual la voz de la simpatía y de la bondad no pueda llegar, ó tan degradado que no conteste al llamamiento del amor cristiano.»

El capitán Pillsbury, gobernador de la cárcel de Westbury, en Connecticut, tuvo también un éxito notable en su trato y reforma de los criminales por medio de un sistema humanitario. Tenía un valor moral que se aproximaba á lo sublime. Antes de ser nombrado para ese puesto, se seguía el sistema acostumbrado del trato duro, con sus consecuentes efectos de empedernir y degradar á los presos, produciendo en ellos una «perversidad arraigada profunda y constante». El crimen aumentaba enormemente y la cárcel abrumaba al Estado cada año en mayores deudas. El capitán Pillsbury cambió por completo el trato, dirigió sus esfuerzos hacia la reforma de los presos por medio de un trato bondadoso. Les alentaba á seguir una carrera de buena conducta; les animaba á que volvieran á la virtud.

En el acto libertó de la degradación de sus cadenas á los peores de los convictos y les dijo *que confiaba en ellos*. Esta medida fué mágica en sus efectos. Los hombres le otorgaron su confianza y manifestaron el mayor respeto por su autoridad; el orden y el método prevalecieron en la cárcel; y el establecimiento principió muy luego á costearse con su propio trabajo.

Su modo de tratar á uno de sus presos fué notable. Era un hombre de estatura hercúlea que se había fugado de algunas cárceles, siendo el terror de una comarca, y hacía diez y siete años que cada día se encenegaba más en el crimen. El capitán Pillsbury le dijo cuando llegó, que esperaba que no volvería á sus proyectos de escaparse como lo había hecho en otras partes. «Voy á hacer que lo paséis lo mejor que sea posible, y deseo ser vuestro amigo; pero espero que no me crearéis dificultades por culpa vuestra. Hay un calabozo para el encierro solitario, pero nunca lo usamos; y me causaría mucha pena tener que abrirlo para guardar á cualquiera allí. Podréis ir de acá para allá en este lugar, tan libremente como yo, si queréis confiar en mí como quiero confiar en vos.» El hombre se manifestó taimado y durante unas semanas mostró muy pocos síntomas de suavizarse bajo la influencia del capitán Pillsbury; al fin se notició á éste que el individuo se proponía fugarse de la prisión. El capitán le llamó, y le echó en cara su propósito; el individuo observó un sombrío silencio. Dijo entonces que ahora era necesario encerrarle en el calabozo solitario. El capitán era hombre de pequeña estatura y delgado; marchaba adelante y le seguía el gigante. Cuando hubieron llegado á la parte más estrecha del pasaje, dióse vuelta el gobernador con su linterna, y miró á la cara al criminal. «Vamos, le dijo, ahora os pregunto si me habéis tratado como merezco. He hecho todo lo que he creído poder hacer para haceros soportable vuestra estancia aquí, he confiado en vos, y en cambio no habéis depositado en mí ninguna confianza, y hasta habéis formado planes para crearme dificultades. ¿Es esto bueno? Y sin embargo, me es doloroso encerraros. Si tuviese el menor indicio de que sentís algo por mí... El individuo prorrumpió en llanto. «Señor, le